

estaba sintiendo lo frío de la onza de oro, y exclamó:

—Es necesario transigir con este Alberto, porque es un loco de atar y es capaz de hacer cien barbaridades.



CAPITULO V.

EN EL QUE SE VE CUAN
APRECIABLE ES UN HOMBRE QUE
«ES ASÍ»

EN la tarde de ese mismo día se presentó Pico en la casa de doña Atanasia.

Isolina, al ver á Pico, pensó en don Fernando.

Un favor tiene siempre un prestigio irresistible en las almas bien organizadas; Isolina sintió por don Fernando un arranque de legítima gratitud.

Pico, por su parte, no cesaba de pensar

en que sin el auxilio de una mano poderosa no habría salido del hospital de presos en todo el tiempo de su convalecencia.

Esto produjo naturalmente una aclaración y de la aclaración resultó que Pico é Isolina convinieran en que debían vivir eternamente reconocidos al señor don Fernando.

Este por su parte, no creyó prudente, por lo pronto, hacer ostensibles sus favores, y gratificando generosamente á doña Atanasia le ministró los fondos necesarios para que hospedase en su casa dignamente á Isolina y á Pico, sin que éstos se apercibieran de la mano que los protegía.

Doña Atanasia, que era mujer de buenas entendederas, puso en planta, sin pérdida de tiempo, sus más bien combinados planes.

—Conque sea en hora buena, compadre: y qué buen susto nos ha dado usted! pero á Dios gracias yo tengo buena sombra y los que á mí se acogen siempre encuentran buen arrimo.

—Le estamos á usted muy agradecidos,

señora, y no sabemos cómo le pagaremos tantos favores.

—¡Quién habla de paga! ¡pues no faltaba más! hoy por tí y mañana por mí, y en esta vida nos necesitamos todos; yo soy muy pobre, es cierto, pero hay frijolitos y buena voluntad; compadre, ya me conoce usted que yo tengo el corazón en las manos, y el dinero es lo de menos cuando se trata de la amistad.

—Pero sin embargo, dijo Pico, no debemos serle á usted gravosos, ni causarle incomodidades y molestias.

—Vamos, compadre, ¡qué anda usted ahí con delicadezas! ¡entre nosotros!... ya he dicho que soy una pobre, porque, figúrese usted que lo que nos dan en el teatro no alcanza ni para pagar la casa, y si no fuera porque tengo mis *luchas*, yo no sé qué hubiera sido de mí.

—¿Todavía hace usted negocios, comadre?

—Sí, compadre, y eso me ha valido; eché escrúpulos á un lado y me puse á revolotear

mi dinerito: pero eso sí, nada más con un real en el peso, yo no soy como esas personas que sacrifican á los aflijidos y hasta dos reales se dejan pedir; yo no, pues cuando más el real; de manera que si usted necesita algo fuera de la asistencia, puede usted pedir, porque la asistencia yo se la doy pobrementemente, pero nada cobro, que al fin es de amistad; conque si usted se anima, pondremos la obligación en papel sellado y eso por pura fórmula; y ¿en quién mejor que en usted, compadre, puedo emplear mis medios? al fin que de eso vivo.

—Pues acepto, pero con una condición.

—Veamos cual es esa condición, compadre.

—¿Usted es sola?

—Nada más con mi criada, ya lo ve usted; conque decía usted.....

—Que usted es sola y supuesto que vamos á vivir juntos, quiero ser yo el que haga todos los gastos de la casa; me abre usted una cuenta, á la que agrega usted los réditos.

—No tengo inconveniente, yo soy muy partida y por eso no pelearnos; desde hoy apunto y usted pide con confianza, y así, ni usted recibe favor, ni se mortifica, ni yo me aprieto las manos dudando si les gustó ó no les gustó..... Me parece muy bien, compadre.

Doña Atanasia preparaba el equitativo aumento de sus fondos, recibiendo el importe de gastos de mano de D. Fernando y teniendo el derecho de cobrárselos con réditos á su querido compadre.

En cuanto á D. Fernando, debemos dar al lector algunos pormenores, pues no debe pasar desapercibido un tipo, del que por desgracia deberá conocer algunos ejemplares.

En el compartimiento del cráneo de don Fernando un frenólogo había encontrado ya, á primera vista, esta gran división: predominio de las pasiones sobre la razón.

El frenólogo había acertado, porque don Fernando era hombre de historia.

En primer lugar fué buen mozo.

Tenía las cejas pobladas y la mirada penetrante, prominente la parte anterior de la cabeza, la frente plana, aunque despejada, y en sus labios vagaba siempre una sonrisa de amabilidad interminable, fija, estereotipada; sonrisa como la que sostienen en lo general las personas de mucho trato social.

El juego de la fisonomía de D. Fernando tenía cierta flexibilidad cómica, que acababa de hacer de él una persona de cierto atractivo para el bello sexo: tenía, en suma, eso que por tener tal vez muchos nombres, no se le dá más que éste:

El no sé qué.

—*No sé qué* tiene este don Fernando, decía alguna vez una señora, que todas las mujeres lo quieren.

—Don Fernando, decía una mamá, no es precisamente un hombre irresistible, no es un Adónis, no es un Fausto, pero tiene *no sé qué*.

Alguna de sus víctimas decía:

—*No sé qué* ha tenido para mí don Fer-

nando, porque á pesar de todo no puedo aborrecerlo.

—¿Qué le has visto á ese hombre? preguntaba una señorita á su amiga, reprendiéndola severamente.

—*¡No sé qué!* contestaba la interpelada.

Ese *¡no sé qué!* es un amuleto, que si lo vendieran hoy los droguistas, como vendían antes las brujas y las gitanas primores de esta especie, no serían los pedidos los que escasearían en la plaza; pero don Fernando era de los muy pocos que lo tenían, y nadie sabía donde lo había comprado.

Don Fernando se casó muy joven, pero cuando se casó ya su corazón no le pertenecía.

No sabemos, ni el mismo don Fernando lo sabe todavía, por qué se casó; ello es que pidió á una joven el día que menos lo pensaban todos, y como don Fernando era hombre de recursos, el matrimonio se hizo por vapor.

Hubo quien pensara que con aquel paso don Fernando iba á sentar la cabeza; otros

compadecieron de todo corazón á la novia, y algunos más avisados presagiaron un largo drama en muchos cuadros.

Estos acertaron.

El cuadro primero fué éste: la noche de la boda se perdió el novio; pero pareció al tercero día. Nadie llegó á explicarse aquel misterio.

Ya se deja entender que la novia vió venir el drama desde que se corrió el telón, y que la luna de miel se convirtió en tiempo de aguas.

Un día, día de veranito doméstico, en el que había indicios de que el horizonte seguiría despejándose, resultó que don Fernando que era muy caritativo con los pobres, recogió un huerfanito.

Seguía lloviendo; no hubo tal verano.

Y luego no sabemos qué negocio tuvo don Fernando, que iba y venía, y ó se escondía en su casa ó se escondía en otra parte; el negocio era con un individuo que por más señas era juez de lo criminal, y por fin dijeron algunos que aquello le había costado á don Fernando mucho dinero; y luego si

tal persona había salido de la población violentamente, y si con dinero baila ó no baila el perro, y si el tal don Fernando era perdida cosa, y no sabemos cuantos cuentos más se circulaban entre la gente ociosa, que parece que no tiene más ocupación que estar fiscalizando las operaciones de los demás.

Don Fernando era muy buen sujeto; ¡lástima que fuera tan alegrón!

Él mismo lo confesaba; porque entre sus virtudes tenía ésta, que generalmente tienen todos:

Era muy franco.

—Yo no bebo, decía, yo no juego, yo no robo: mi único defecto es que me gustan todas.

¡Dios lo libre á V., lector de esos D. Fernando que le cuentan á usted ingenuamente, con franqueza, que su único defecto consiste en ser enamorados!

Estos amorosos varones, que para confesarle á usted ese defecto empiezan por abrogarse bondadosamente muchas virtudes ne-

gativas, como no beber, no jugar, no robar, etc.; esos Aquiles son vulnerables por el talón, empiezan por tener, en el solo defecto que le confiesan á usted, todos los defectos imaginables.

Don Fernando había aceptado de plano esta calificación que él mismo no tenía embarazo en aplicarse: *muy enamorado*.

A estos *muy enamorados* no se atreven á llamarlos las gentes por su nombre propio; nadie les dice *pillo* á secas; algunos les dicen con cierta sonrisita maliciosa; *¡maldito!* pero con la misma intención con que una coqueta le dice á un atrevido *¡pícaro!* otros les llaman *afortunados*; y solo los adoloridos encuentran los epítetos propios, porque entre sus numerosas relaciones tiene muchos conocidos que lo saludan, y que sin embargo tienen su derecho expedito para llamar á don Fernando *¡infame, prostituido, mal caballero!* y otras cosas no menos graves; pero don Fernando ha pasado treinta y tantos años de su vida entregado al amor.

Muchos, y entre ellos el autor de este libro, nos hemos preguntado: ¿de qué magnitud serían los placeres de don Fernando cuando los había comprado con tantos disgustos y á costa de tantas manchas indelebles?

Desde el momento en que don Fernando había dicho: *yo soy así*, había cerrado con esas tres palabras, como con tres candados, la puerta á toda retentiva y á toda sugestión moral.

El hombre gasta el rico tesoro de la razón hasta en esta extravagancia: obrar sin razón.

Al hombre le estorba su conciencia algunas veces, y allí donde ya no encuentra justificación, ni lógica, interpone el *porque sí*, ó el *yo soy así*; y sigue su camino echándose á la espalda el morral de su conciencia sin cuidarse de lo pesado del fardo.

Don Fernando *era así*.

Por lo demás, era un hombre como todos.

Y como tenía dinero, lo había podido poner en la puerta de la cárcel y en la

puerta de la infamia sin acercarse á esos lugares.

Hasta había quien creyera que no era tan malo. Otros amigos suyos que comían á su mesa y que lo conocían exclamaban:

—Es más lo que calumnian á don Fernando, que lo que es en realidad. Es cierto que ha sido *alegrón*; pero nada más.

Con menos alegrías de las de don Fernando se llenan de pobres las cárceles todos los días.

—Una de las cosas que *le afean* á don Fernando es ésta, decía uno de sus defensores. Figúrense ustedes que estaba enamorado de una joven, de cuya virtud no podríamos dar pruebas fehacientes; pero el hecho fué que la chica se tuvo firme y puso este dilema: «*ó casaca ó nones*» ¿Qué les parece á ustedes que hizo don Fernando.

—¿Qué hizo? vamos á ver.

—Disfrazó á su cochero de juez del registro civil, tomó una casa para simular una oficina, repartió papeles de escribiente y de testigos á algunos amigos, llevó á la mucha-

cha á firmar el contrato, pagó en su presencia los derechos, sacó el certificado y tuvimos después un bailecito de lo mejor que se ha visto; por supuesto que las donas fueron como de don Fernando.

—¿Y después? preguntó uno.

—Se aclaró todo á los seis meses; don Fernando resultó casado y hubo un escándalo terrible; le costó mucho dinero pero todo se compuso.

—¿Qué *maldito!* exclamó uno.

—Don Fernando *es así*, exclamó otro como encontrando una razón toral.

—¿*Cosas de don Fernando!* dijo el tercero sin apercibirse de su salida de pié de banco.

A ninguno de aquellos amigos de don Fernando, le ocurrió que burlar la fé sagrada donde guarda su honra una mujer, es una infamia; nadie pensó que es indigno y vergonzoso dar una palabra falsa; nadie objetó que no vale un capricho inmundo lo que vale el porvenir de una mujer honrada, que no tiene más delito que purgar que ser

hermosa, ni más parte en su desgracia que no creer que un personaje respetado en la sociedad pueda ser un bandido.

Los amigos de don Fernando eran clementes de la mejor buena fé del mundo.

Pero por don Fernando se habían derramado muchas lágrimas; por don Fernando sufrían muchos inocentes.

En la época en que tuvieron lugar estos acontecimientos, ya la mujer de don Fernando estaba tranquila; hacía mucho tiempo que no lloraba: comía bien, dormía bien, no molestaba ya á su marido ni le reñía; al contrario, reía con mucha frecuencia.

Estaba loca.

No se había podido morir, á pesar de haber contraído una enfermedad del corazón.

Don Fernando pagaba el médico con mucha puntualidad, y cuidaba de no hacerle ni ruido á la loca.

Era un buen sujeto don Fernando.

A Isolina no le había sido antipático, y tan luego como don Fernando cambió de

táctica para con ella, empezó á olvidar aquella primera falta,

—Es natural! pensaba Isolina, me creyó una mujer de teatro y se permitió..... pero tan luego como me ha conocido, confesando su error, ha cambiado completamente.

Como don Fernando tenía tanta práctica en amores, decía que solo había dos clases de asuntos amorosos; á saber: *asuntos de espacio* y *asuntos de prisa*.

Rectificadas sus posiciones, había conocido que lo de Isolina era *negocio de espacio* y que era preciso empezar por Pico.

Pico ya estaba en su poder, ó en poder de doña Atanasia que era lo mismo.

Doña Atanasia había formado su banco de socorros con la suma de las propinas de don Fernando, por quien, como ella decía, era capaz *de dar los ojos de la cara*.

